

STÊNIO GARDEL

LA PALABRA QUE QUEDA

Traducción de Guillermo Saavedra



*Para mi madre,
Irene,
a su memoria y a su herida.*

*Para mi hermano,
Jardel,
aquí y distante.*

Son muchas, yo poco.
El luchador, Carlos Drummond de Andrade

Nos someten, nos subyugan. Pesan
toneladas, tienen el espesor de las montañas.
Son las palabras que nos contienen, son las
palabras que nos conducen.
Humus, Raul Brandão

Raimundo

Raimundo Gaudêncio de Freitas: un trazo incierto, arisco al roce del papel. Lápiz dañado, domado, y él escribía el nombre completo por primera vez. Setenta y un años y esa ocurrencia, como él dice, de aprender a leer y escribir siendo ya un viejo. Raimundo no fue difícil. Lo complicado era Gaudêncio, denso de nostalgia, las cinco vocales y el acento. Freitas estaba hecho de sangre.

Ganas tuvo, sí, desde pequeño, pero su padre le decía que la letra era para los niños que no necesitaban llenar su propio plato. Raimundo entró muy pronto en la brega. De noche, el brazo ritmado en el golpe de la guadaña pedía descanso, porque al otro día habría más. El intento de aprender se rindió a la precisión. El futuro estaba escrito frente a él, era el presente de su padre, padre de familia, dueño de un pedazo de tierra, firmando con el dedo cuando la palabra hablada no bastaba. Lo que no podía ser dicho, quedaba en palabra muda, pensamiento. Raimundo no se convirtió en padre de familia ni en dueño de una parcela. Se arrancó las raíces, llevando en el bolsillo de la camisa la carta.

Una carta entera. Una palabra tras otra, ¿cuántas palabras? Enviar una carta a alguien que no sabe leer, increíble. La punta del lápiz sobrevoló encima del renglón. El nombre siguiente

había escrito la carta cincuenta y dos años antes. Al lado del cuaderno, el sobre reseco, siempre cerrado. Raimundo no permitió a nadie leerla y envejeció con el deseo de saber lo que decía creciendo dentro de él. Feto anciano, retoño tardío. La carta guardaba una vida entera.

Cícero

Al lado de su nombre, escribió el nombre de él. ¿El final era con “u”? Con “o” quedaba más bonito. Solo seis letras, pero cabían tantas cosas que resultaba pesado. Como la cruz, también comenzaba con “c”, como corazón y culo.

Se conocían desde pequeños, nacidos en la misma comunidad. Fue a los diecisiete, en un *fórró** en el patio de la escuela, que los ojos color tierra de Cícero labraron a Raimundo.

—Buena fiesta, ¿no, Gaudêncio? Muchas muchachas bonitas.
—Sí.

A Raimundo, Cícero le pareció bonito, de una lindura parecida a la que veía en las muchachas. Corazón inquieto, sangre clavada en la boca de su estómago. Tallo plantado.

Tendido en la hamaca, imágenes agitadas en su cabeza le alborotaban el cuerpo. Cuerpo de hombre, el de él y el de Cícero. Hombre con mujer, hombre con hombre no estaba bien, la gente hablaba de eso, el hombre debía encontrar bonita a una mujer, el hombre que veía bonito a un hombre no era un hom-

* Baile y música populares del nordeste brasileño, donde transcurre la acción de la novela (*N. del T.*).

bre, ¡pero él era hombre y encontraba bonito a Cícero! ¿Y sería que Cícero también veía bonito a Raimundo? Él había venido a hablar de muchachas y a bailar con ellas. Los cabellos perfumados con aceite de coco, los pechos suaves, las piernas regordetas. Cícero sujetaba con empeño a las muchachas bonitas, montadas a horcajadas en su pierna, frotándose.

Trabajaban los dos solos, frotando las tierras del padre de Cícero, días después. Una lluvia fina y ligera excitó el suelo. La mirada de Raimundo se escapaba hacia el cuerpo del otro, de pecho duro, descamisado, cubierto de sudor y de polvo. Paisaje que despierta en un pájaro preso el deseo de volar. Raimundo jaula. Si Cícero lo observaba, Raimundo escondía la mirada, pero el brillo de la guadaña le quitaba enseguida la paciencia, y otra vez se atrevía a encarar al amigo, contando con que la cabeza decidiese si iba a querer lo que el cuerpo quería.

—¿Qué pasa, Gaudêncio?

Epa, ¿y ahora? Se va a pelear conmigo, va a ventilar por todo el pueblo, Raimundo marica. ¿Qué historia es esa de quedarse mirándome, qué querías hacer, Raimundo?, él es mi amigo, no va a decir nada, no, no era nada de todos modos, nada, no.

Quiso responder, no respondió, pero respondió. Cícero se acercó despacio, llegó muy cerca, así, el rostro a un palmo del rostro de Raimundo, con una mano agarró su nuca, por el lado izquierdo, cerca de un mechón de cabello blanco, con la otra estrechó su cintura. Raimundo no se movió. Se detuvo en los ojos castaños, palpando el calor que recorría el cuerpo y dilataba las venas, sin saber dónde poner la cabeza, las manos, los pies, el miembro que crecía entre sus muslos. Tierra saliva lenguas brazos piernas bocas hambre vida.

Se encontraban casi todos los días. El riesgo era grande. Todo en el monte. En el mismo monte se escondían de los otros y se

mostraban uno al otro. Hombre y hombre, y se entendían muy bien, se gustaban. Hermoso placer que dejaba un sabor agrio arañando las ideas.

Dos años duró.

—¿Qué mierda es esa?

El padre de Cícero tomó a su hijo por sorpresa, cerró los cinco dedos de su mano derecha y lo tumbó en el suelo de un puñetazo.

Seu Nonato, él es tu hijo, somos amigos, crecí yendo a su casa y él viniendo a la mía, de un tiempo a esta parte empezamos a gustarnos, no estamos haciendo nada malo, no, seu Nonato, no hacía falta que le pegara de ese modo, no, no vuelva a hacer eso, él es su hijo, levántate Cícero, levántate,

Raimundo acabó por no decir nada, mientras Cícero se limpiaba la sangre del labio con el dorso de la mano.

Seu Nonato tomó a su hijo de un brazo.

—Arriba, Cícero, levántate, vístete y ve para casa.

Raimundo hizo ademán de acompañarlo. Se detuvo. Seu Nonato se enfureció y le mostró una cara de perro.

—¿Y tú, mocososo? Espera a que hable con tu padre, te va a arder el pellejo.

Cícero aún miró hacia atrás.

no tendríamos que habernos quedado aquí, a cielo abierto, La sombra del castaño de cajú es buena, Gaudêncio, pero hoy quiero debajo del sol, nos arriesgamos demasiado, eso sí, quedarnos aquí, a la orilla del río pero en ese momento, en ese ahora, vimos que no podía ser a otra hora, todo ese tiempo sin vernos, sin tocarnos, cuando un cuerpo se recostó en el otro, fue el deseo enterito de esos diez días, de conversar, fue el deseo de mucho

más tiempo, era el deseo de toda la vida, que ya pasó y aún va a pasar, porque cada vez sentíamos esa linda agonía aquí dentro, diciendo sí al deseo y el deseo reclamando el sí del cuerpo, de la cabeza, del tiempo, y yo no podía esperar más, no, ni él, no daba, fue por eso que vine, Cícero, tú también lo sientes así, pero te quedaste con aquella charla sobre el futuro, tener una mujer, tener un hijo, te asustaste, y me asustaste a mí, también, yo me quedé con una agonía horrible aquí dentro, lejos de ti, no podía esperar más, no, yo iba a dejar que tu juicio decidiera nuestra vida, aquellas palabras que me dijiste la última vez allá junto al castaño de cajú y después te fuiste, vine detrás de ti, y ahora, ¿qué va a pasar? tu familia va a saber, mi familia va a saber, si hacía ruido en nuestra cabeza, imagínate en la cabeza de nuestros padres, el disgusto y la rabia que van a sentir, tú sabes lo que piensan de gente así, como nosotros dos, ¿no sabes?, piensan todas cosas feas, que es peor que una enfermedad, ¿dónde está mi pantalón? voy a tener que hablar con mi padre, ¿decirle qué? ¿y a mi madre? no hay palabras que alcancen, la cosa es encontrar las pocas que hay y hablar, se van a tener que enterar, ¿seguir escondiendo qué? ¿y si no podemos estar más juntos? vamos a dar pelea, y no solo contra nuestra cabeza, no, contra la cabeza de los demás, ¿has visto? si es necesario, lucharemos, porque ya no se soporta más estar separados uno del otro, para separarnos van a tener que cortarnos a los dos, nuestra carne, van a tener que arrancarnos la carne a pedazos.

Raimundo terminó de vestirse. El sol comenzaba a descolgarse del mediodía. Antes de abandonar la arena, vio la cruz que marcaba el río y que marcaría su vida. Rumbéó para su casa.